

cardo Wágner, el magnífico mito de Sigfrido estriba en eso: en ignorar el miedo. Por ignorarlo, puede forjar la espada Nothung, que se resiste al martillo del cobarde gnomio; por ignorarlo, puede herir en el corazón al dragón Fáfnir, que custodia el anillo de los Niebelungos.

Aquiles no sueña, no piensa sino en el honor. Agraviado por Agamenón se lamenta a su madre Tetis:

«Madre — decía — pues el ser me diste,
ya que mi vida larga ser no pueda,
honra al menos debía concederme
el Olímpico Júpiter tonante...
y ves cuán poco de mi honor se cura.»

Y la diosa marina, subiendo al Empíreo para encontrar a Júpiter, le dirige esta súplica angustiosa:

«Otrógame este don: del hijo mío,
que morir debe en juveniles años,
¡vuelve por el honor!»

Este honor, imán de los caudillos combatientes, ya sabemos cuál es. Aquiles prefiere este honor a la vida, a una vida feliz y ociosa, en el palacio de su padre, el viejo Peleo. Pero la idea del honor ha sufrido una evolución: no basta combatir: hay que reunir una serie de cualidades morales, que integran al perfecto caballero.

Cuanto puede halagar o impresionar la imaginación converge en los libros de caballerías. Los paladines y los enamorados; los barbudos magos y los caballeros puros, sin tacha, empeñados en la demanda del Santo Grial; los de la Tabla Redonda, los Arzobispos convertidores de infieles y derribadores de ídolos, y las bellas Infantinas prendadas de los caballeros errantes; los gigantazos que discuten de Teología y los malignos encantadores que se llevan una casa por los aires en un santiamén; los personajes de los ciclos bretón, carolingio y greco-asiático, pléyade que lidia, ama, odia, llora, realiza fantásticos viajes, por comarcas de misterio: las Trapisonadas y las Insutas Firmes, los Monsalvatges y las Cornuallas.

Amadís es el espejo de los leales amadores. Por conservar su fidelidad a Oriana, resiste a los requerimientos de la Infanta Briolanja. Ante todo hay que notar en Amadís lo prolífico, lo dilatado de su linaje. Empieza por Esplandian, y sigue por Lisuarte de Grecia, su nieto, hijo de Esplandian; don Florisando, su sobrino; don Flores de Grecia, Caballero de los Cisnes; don Amadís de Grecia, Caballero de la Ardiente Espada; sus hijos, don Florisel de Niquea y el fuerte Anaxartes; el bueno de don Rogel de Grecia, como le llama don Quijote, al hacer de él un juicio crítico, afirmando que la señora Luscinda gustaría mucho de las discreciones del pastor Darcisel, y de los versos de sus bucólicas; y, remate del linaje, el hipotético don Esferamundo.

Sobre el confuso hervidero de personajes fabulosos que han de aparecer en los libros de caballerías, se destaca el del sabio Merlin, profeta al par que nigromante, cuya leyenda es de lo más poético. Merlin era hijo del demonio, que, para oponerse a los progresos del cristianismo, engendró en una virgen cristiana una especie de Anticristo. Desde los pañales, Merlin descubre la inteligencia despierta que siempre se le atribuye, salvando por medio de un ardor a su madre, a quien iban a ajusticiar por deshonesta, y que era, en realidad, inocente, pues sin consentimiento de su voluntad concibió a Merlin.

Más tarde, Merlin se ve en graves peligros. El Rey de Bretaña ha construido una torre, pero al verla terminada, se viene al suelo con estrépito: reconstruida tres veces, otras tantas se repite el prodigio. Los astrólogos declaran que si la torre no se cimenta con sangre de un niño nacido aquel mismo año, no sólo nunca se tendrá de pie, sino que el Rey morirá. Buscan a Merlin, y éste, siempre precoz, se presenta espontáneamente, y da su agüero: declara que en la base de la torre combaten dos dragones, uno rojo y otro blanco, motivo de que venga al suelo la fábrica. Y, al buscar a los dos monstruos, y hallarlos efectivamente en lucha, Merlin explica el símbolo: son los dos hermanos del Rey, que, desterrados, fraguan el asesinato; que volverán para matar al usurpador entonces reinante. En efecto, desembarcan y lo queman vivo en la misma torre. Y Merlin es consejero y ministro del nuevo Rey, y construye la famosísima Tabla o Mesa redonda, cuyos Caballeros tantas proezas realizaron. Y cuando más tarde suce-

de a este Rey su hijo Artús, la privanza de Merlin continúa: Artús tiene en él un servidor celoso, un favorito sin igual. Pero, por su desgracia, Merlin, ya viejo, ama a una mujer, a una fada gentil. Y esta hechicera, que se llama Bibiana, aturdidamente encierra a Merlin en el tronco de un espinoso blanco. Entonces es cuando Merlin lanza aquel espantoso *Ba-ladro*, queja suprema que exhala al morir el hijo de Satanás. Y por cierto que, para haber sido engendrado con tan malos propósitos, no hace Merlin mucho daño, ni se le puede acusar de maldades muy negras. Es un buen demonio, por decirlo así.

El libro de caballerías que más habla al sentimiento es la historia de Tristán de Leonís, que ha dado a Wágner tan sublime tema para una de sus mejores creaciones. Tristán de Leonís es uno de los Caballeros de la Tabla Redonda. A su nacimiento y primeros años se refieren muchas y muy extrañas aventuras, que le han indisputado con su tío Marcos de Cornualla; pero, por su mal, llega Tristán al cabo a reconciliarse con el Rey, y éste le envía a Irlanda a pedir para Marcos la mano de la rubia Princesa Iseo. Peligrosos hasta un grado sumo eran tales envíos de mensajeros a pedir princesas, y por nuestra historia cruza la trágica sombra de don Fadrique de Castilla, que pidió para don Pedro la mano de la desventurada doña Blanca. No había tal vez necesidad de que Brangian o Brangania, doncella de Iseo, les diese a beber el filtro del amor, que no es mal filtro la juventud y los azares de una larga travesía.

Pero ello es que beben el simbólico filtro, y su amor se desencadena. Iseo, en la antigua novela, no reconoce escrúpulos, y hasta dispone crímenes para lograr sus propósitos. Y aquí surge el enredo de las dos Iseos, que complica lo que Wágner, con muy buen acuerdo, simplificó. Herido Tristán por una saeta envenenada, sabe que hay cierta Iseo, llamada de las blancas manos, que se da maña especial para curar las heridas. Dirígese pues a Bretaña, y se confía a los cuidados de esta segunda Iseo. La Infanta se prenda de él, y Tristán se casa con ella, por gratitud. Pero por su sangre circula el filtro que le ata a la Iseo primera, y corre tras ella; y vuelto a herir por otra arma que inficionó la ponzoña, moribundo, Tristán quiere ver a su amada, y envía a Bretaña un mensajero que la ha de traer. Quiere exhalar el último aliento en sus brazos. Esta es la escena en que derrochó Wágner inspiración. Tristán aguarda a Iseo, con febril ansiedad. Ha apostado gente en el puerto, y, casi exánime, espera ver asomar en el horizonte la nave que trae a su adorada. Si viene Iseo, la nave ostentará bandera blanca, y si no, negro pabellón. Y en la novela sucede algo que Wágner omite. La otra Iseo, la legítima esposa de Tristán, averigua el motivo de la ansiedad de su esposo, y, en un raptó de celos, corre a decirle que llega de Cornualla una nave empavesada de negro. Cuando la nave de las blancas banderas echa el ancla, y desembarca la Iseo única a quien Tristán adora, el amorador ya ha muerto de pena. Iseo fallece también, traspasada, ante el cuerpo de su amigo.

Hay fortuna hasta en morir y padecer. Nuestros Amantes de Teruel, que existieron, y cuya leyenda castiza nada tiene de fabuloso ni aun de extraño, están casi olvidados, a pesar del hermoso drama y de la ópera; y Tristán e Iseo, que probablemente no han existido, al menos en la forma en que aparecen en la poesía, el drama y la música, han llegado a ser encarnación del amor, símbolo de su fuerza y violencia, de su identificación con lo infinito.

Así es la vida. Más vale tener suerte que desearla, dice no sé qué proverbio.

Y además, Tristán e Iseo han inspirado innumerables ficciones caballerescas, y, en los tiempos modernos, preciosas novelas, como una de Rod cuyo título no recuerdo, pero que es de las mejores de su autor. En ella, dos enamorados, culpables, claro está, porque si no no habría conflicto, logran reunirse para siempre, sin que nadie los persiga ni les ponga obstáculos. Se refugian en un rincón olvidado del mundo, y libremente pueden saborear su felicidad; pero son dos almas románticas, finas y profundas, y se dan cuenta de que en un amor tan grande hay un elemento de infinito, incompatible con las miserias y las realidades de la tierra. Y entonces, y recordando la letra del dúo de *Tristán e Iseo*, deciden suicidarse, y así lo hacen, en lírico transporte. Tiene la cosa su filosofía: un amor muy grande se acaba y al acabarse, disminuye, rebaja a los que se amaron así, con ansias de infinito. Y por eso el héroe y la heroína del novelista francés prefieren morir.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días he pensado mucho sobre el *Quijote*. Y se me ha ocurrido que ese libro, escrito contra los de caballerías (por lo menos tal era el propósito que Cervantes declara, y los demás se los atribuyen gratuitamente, es preciso reconocerlo) ese libro, digo, es otra novela de caballerías, la más divertida de todas, y distinta de ellas en ser profundamente realista, en lo cual está el secreto de su superioridad, probablemente.

El tipo de las novelas de caballerías es el Amadís de Gaula. Pero el *Amadís* no es el primer libro de caballerías que se escribió en España, a no ser que lo fuese en sus remotos orígenes. El primero fue *El caballero Cifar* (primera mitad del siglo XIV). Y el *Amadís* imprimió su sello, no sólo en el dominio de la fantasía, sino en el de los hábitos sociales. Yo debo decir que, a pesar de lo mucho que se ha discutido acerca de quién puede ser el verdadero autor de esta novela, y si es originariamente francesa, lusitana o española, creo que la cuestión no está resuelta claramente. No se han encontrado redacciones primitivas, y complica el caso que el *Amadís* no es obra nacional, sino humana, dice Menéndez y Pelayo en su *Estudio sobre los Orígenes de la Novela*.

Aunque los libros de caballerías sean en gran parte españoles, son hijos de una influencia exótica. En el *Amadís*, en el Tirante, en los dos Palmerines, el género se nacionalizó. El origen de los libros de caballerías es la prolongación o degeneración de la poesía épica, transformación de poemas existentes o ya perdidos en la sombra del pasado. Por eso el ideal del honor es el que siempre remanece en estas tradiciones y leyendas heroicas. Lo curioso es que no fueron los romances castellanos, por lo mismo que eran puro realismo histórico, los que engendraron la novela de caballerías. En el *Quijote*, en cambio, a cada momento hallamos la tradición del romance.

Los cuentos de la materia de Bretaña, dice Menéndez y Pelayo, a quien hay que atenerse, trajeron un nuevo ideal de la vida: el que se expresa con el nombre de caballería andante. Los héroes de la epopeya germánica, francesa o castellana, se guiaban por motivos que eran racionales, dadas las ideas, costumbres y creencias de su tiempo; motivos perfectamente lógicos, dentro del estado social de su época. Al asomar el ideal caballeresco, se desquiciaron los móviles: los determina un lirismo especial. Ya no es el Cid, que «por necesidad batalla», sino Suero de Quiñones, que intenta la hazaña más inaudita, por la honra.

El ideal del honor no es tan nuevo que no lo encontremos en los poemas griegos; pero ¿en qué habían consistir este honor, por ejemplo, los caudillos de la *Ilíada*? En no sufrir agravios, como el que se infirió a Aquiles quitándole su cautiva, y en el desnudo en los combates. Aquiles no pone punto de honra de la fidelidad y amor de su Briseida: lo que le saca de quicio, es que Agamenón se la exija imperiosamente. Menelao, a quien París ha robado su esposa, no se juzga deshonrado por tal incidente, y se creería descalificado si conociese el miedo. Todo el eje de la *Ilíada* está en que un héroe no debe conocer el miedo, ni por el forro, y en esto coinciden los rudos cantores del Norte que refirieron las andanzas de las crueles Valkirias, con el ciego Homero, o quienquiera que sea, que cantó la pugna de griegos y troyanos. En las tradiciones germánicas y escandinavas, tan hábilmente aprovechadas por Ri-